

ANÍBAL NÚÑEZ

UNA CUESTIÓN PRELIMINAR

El poeta Aníbal Núñez (Salamanca, 1944-1987) nació, vivió y murió en una ciudad levítica, donde el revuelo de sotanas y togas vuelve a lanzar al aire el polvo posado en los digestos; de oro, o quizá solo dorada (así que no solo de plata o plateresca), por la oxidación de la piedra arenisca de que están contruidos sus edificios más nobles; cargada de espaldas por el peso de su pasado y los pasos, todavía casi audibles, del padre Vitoria, de fray Luis de León o de Miguel de Unamuno; y propendente a un futuro radiante, si es verdad eso de que la nostalgia del pasado tiene mucho futuro, aunque produzca la misma tortícolis que aquejó, hasta dejarla yerta, a la mujer de Lot.

Cristalino (pero no vidrioso), segregado (pero no distante), lúcido (pero no iluminado ni encendido), desposeído de todo y también de sí (pero sin la liturgia del poeta maldito), de una dicción mineral y aun cuárcica: Aníbal Núñez es un poeta extraordinario y muy en sazón, hondo pero también alado, como si, juanramonianamente, fuera de esos cuyas alas arraigan en el suelo y cuyas raíces se echan a volar. Tras su muerte, Torrente Ballester confesaba, casi anonadado: «Me di cuenta [...] de que me las había con otra clase de hombre, que por mucho que yo intentase empinarme sobre mí mismo, nunca alcanzaría las cotas en que él se movía normalmente». Y anotaba que su especificidad consistía en su experiencia de la muerte, algo que, a él y a los muy pocos que son como él, los singulariza: «Yo creo que se les reconoce por la mirada». Y José Ángel Valente, también a propósito de su desaparición, lanzaba el zurriago contra los «supervivientes fraudulentos» en que nos habíamos convertido los que no nos habíamos muerto con Aníbal. Y eso que algunos de esos supervivientes hicieron lo que pudieron para morirse a tiempo («Se hará lo que se pueda, don Ramón», dicen que decía el torero Juan Belmonte a Valle-Inclán, cuando este le instaba a morirse, con el señuelo de que, para alcanzar la inmortalidad del mito, solo le faltaba morir en la plaza).

Un día, hace bastantes más años de los que él tenía entonces, un estudiante que velaba sus primeras armas en la Universidad le pidió, le pedí, a Aníbal Núñez un texto para una revista que proyectábamos hacer, tan ciclostilada y tan sin ISSN que la tal revista solo existe en cartapacios, también oxidados, que se hacinan en casa del pedigüeño. No fue un

poema, sino un cuento el que entregó el poeta, a sabiendas de que era un producto primerizo, imperfecto —o así me lo dijo—, con los trazos y las trazas de la ingenuidad de alguien que, aunque aún no escribía a la altura que enseguida alcanzó, ya había tomado, como escribe en un poema definitivo, «la ilustre decisión de naufragar». Era un condenado a las galeras de la literatura que ya sabía que lo era.

He aquí, en fin, ese apunte narrativo que me entregó Aníbal Núñez para que lo incluyera en una revista, como esta, de estudiantes; y del que no sé si alguien puede tener constancia ahora, o si, por el contrario, es este el último registro de aquellas hojas que me dio el poeta y que guardo como oro en paño.

Á. L. P. de P.